

Viajeros en Barcelona (II)*

I. Domingo Faustino Sarmiento

Los folletines de *El Progreso* de Santiago de Chile facilitan a sus lectores a partir del 2 de mayo de 1845 la obra cumbre de un espléndido periodista que escribe, según atinada expresión de Américo Castro, «desde el fondo esencial de su vivir». *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina* es la culminación de un tenaz empeño que se había ido forjando en los artículos periodísticos de los meses anteriores, verdadera pelea de la pluma de Domingo Faustino Sarmiento contra el tirano Rosas, causa última del exilio del escritor argentino en Chile.

Facundo forma parte de esos caminos paralelos, diferentes entre sí, pero orientados hacia la misma meta, que hispanoamericanos del norte (el mexicano José María Luis Mora) o del sur (el argentino Juan Bautista Alberdi) recorren para intentar una entrega de sí mismos al sistema de los pueblos que han dado origen a la civilización, los pueblos sajones: es la tarea de deslatinización tan severamente criticada años después por José Enrique Rodó. Sarmiento escribe *Facundo* desde la convicción —Borges *dixit*— de que «nuestro patrimonio no debe reducirse a los haberes del indio, del gaucho o del español; que podemos aspirar a la plenitud de la cultura occidental, sin exclusión alguna». Con su perfil de hombre sin limitaciones locales, Sarmiento emprende, a fines de 1845, un viaje a Europa que habrá de acercarle a España y a la observación de una realidad histórica, social y cultural que enjuició con gran dureza, exceptuando el legado de Goya y Larra, aunque, como paradójicamente escribió Unamuno —otro ególatra como Sarmiento—, el escritor argentino era «más español que ninguno de los españoles, a pesar de lo mucho que habló mal de España. Pero habló mal de España, muy bien».

* La primera entrega de la serie se publicó en Cuadernos Hispanoamericanos, número 544 (octubre, 1995). Quiero recordar que se evita el aparato de notas y se da una mínima bibliografía de referencia al final de la entrega.

Toda la obra de Sarmiento es un retablo biográfico. Su escritura, eficacísima, deviene en una continuada autobiografía, en la que se historia la vida de los hombres que han gravitado sobre él y sobre su país. Y en ese escribir que es escribirse, «obedeciendo a instintos y a impulsos que vienen de adentro, y que a veces la razón misma no es parte a refrenar» —según advertencia preliminar a la primera edición de *Viajes* (Santiago de Chile, Julio Belín, 1849)—, las impresiones de los viajes acuden al género literario de las cartas, porque en este molde veía la forma más dúctil y elástica para tratar de todos los asuntos y vaciar su vigorosa personalidad: «Gústase entonces de pensar, a la par que se siente, y de pasar de un objeto a otro, siguiendo el andar abandonado de la carta, que tan bien cuadra a la natural variedad del viaje».

Este «múltiple enemigo de España» en apreciación borgiana, ardoroso combatiente contra la tradición histórica hispánica, y garante —tal es el paradójico juicio unamuniano— de sus valores intrahistóricos, llega a Madrid en el otoño de 1846 y desde allí escribe al historiador chileno José Victorino Lastarria para comunicarle el propósito de su viaje: «He venido a España con el santo propósito de levantarle el proceso verbal, para fundar una acusación, que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión de América». En su papel de fiscal, la palabra de Sarmiento traza un panorama desolador y de una dureza insólita, desde su entrada por Irún hasta sus excursiones a la Mancha o Andalucía. Únicamente Barcelona le parece una ciudad civilizada y sus impresiones de la capital catalana se inician con esta terminante afirmación: «Estoy, por fin, fuera de la España».

En su carta, la atmósfera que Sarmiento traslada de España está dominada por lo rudimentario, lo inculto y lo debilitado. España no tiene estructura de Estado: «las provincias españolas son pequeñas naciones diferentes y no partes integrantes de un solo Estado». Su atraso intelectual y cultural es enorme, la orfandad de corrientes modernas en orden a las ciencias y a la política, total. Carece de comunicaciones y los transportes —las diligencias— se guían con una «tormenta de zurriagazos, pedradas, gritos y obscenidades terribles». Los tiempos pasados, reflejados en el arte, le parecen una sombra de los tiempos heroicos, y la catedral de Burgos, por ejemplo, «el alma en pena de la caballería española», mientras insiste en desmentir a Chateaubriand sobre las bellezas de la mezquita de Córdoba. En síntesis, vale su aseveración de que España «es la nación que menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de inteligencia». La sesgada imagen de España que Sarmiento nos ofrece en su relato peninsular contrasta fuertemente con las impresiones de algunos viajeros contemporáneos como Teófilo Gautier o Alejandro Dumas que

asistieron —como Sarmiento— a las bodas reales de Isabel II con Francisco Asís de Borbón y de la infanta María Luisa con el Duque de Montpensier. El demoleador sociologismo del argentino poco tiene que ver con el tono de fascinación estética de los viajeros franceses.

La estancia de Sarmiento en Barcelona durante los días de noviembre de 1846, coincide con la de Prosper Mérimée, quien ya había leído *Facundo* e indicado su *compte-rendu* en la *Revue des Deux Mondes*. Seguramente fueron las veladas en casa del cónsul Lesseps las que les pusieron en contacto, pues tanto Mérimée como Sarmiento las recuerdan con amabilidad y cariño. Desde luego hubiese sido curioso saber de las conversaciones que entrecruzaron, dado que la óptica de sus viajes por España es bien dispar, si bien ambos constatan la realidad industrial barcelonesa, que el escritor francés observa como «una sucia ciudad que afecta aires de capital», mientras el que luego fuera presidente de la República Argentina mira como una «ciudad enteramente europea». El ademán de buscador de tipismos románticos y primitivos de Mérimée, capaz únicamente de recordar «la gente del pueblo que se recubre con harapos rojos y calza zapatos de cuerda», debió chocar con los criterios, desbordantes de sí mismos, del caudillo de la civilización, que leía positivamente lo que Mérimée no dudaba en censurar.

También los días barceloneses de noviembre de 1846 sirvieron para que Sarmiento —a través de las veladas de Lesseps— experimentara una satisfacción enorme: conocer al líder del liberalismo manchesteriano, Richard Cobden, que tras sus trabajos como apóstol del librecambismo y como agitador de la vida social y económica inglesa desde los intereses de las *middle and industrious classes* recorría España: «Amigos a las dos horas de conocernos, Cobden, que a la sazón estaba en Barcelona, tuvo los honores de un té, durante el cual debía serle yo presentado». Sarmiento le atribuye haber iniciado «una nueva era para el mundo» y en torno a su figura y su pensamiento vertebró gran parte de su carta barcelonesa.

Al margen de la evocación de Cobden o de las menciones de Lesseps y Mérimée, la pluma de Sarmiento se detiene en los catalanes que se le ofrecen en el vasto rompecabezas peninsular como «otra sangre, otra estirpe, otro idioma». En su dibujo del hombre catalán resalta sus ojos «centelleantes de actividad y de inteligencia» a la par que su perfil enjuto y nervioso. Sus quehaceres y empresas «respiran grandeza» y tal es su laboriosidad que «de un quintal de lana ellos sacan quinientas piezas de paño». El vivir en olor de humanidad y civilización y la esforzada actividad industrial y comercial de Barcelona embriagan al autor de *Facundo*, que tan sólo reprocha el medio ambiente proteccionista en que se desenvuelven estos progresos.

El aspecto europeo de la ciudad, con su Rambla, verdadero bulevar desde el que «los marineros inundan las calles como en el Havre o Bur-

deos», se patentiza en el teatro que está edificándose (el Liceo se inauguró en 1847) «que pretende ser el más bello y el más grande de la Europa y del mundo, por tanto», y en la Escuela de Artes, calificada por Sarmiento como ricamente dotada, completa en sus enseñanzas y cuidadosamente asistida. Europeísmo barcelonés que el viajero argentino, en clara alusión al desdichado bombardeo de la ciudad por Espartero en 1842, nota vigilado desde la fortificación de Montjuich «con sus cañones apuntados sobre la ciudad».

Frente a la desazón que le produjo su recorrido español de semanas atrás, con la única salvedad de Madrid —«que se embellece y se agranda»—, y ante «la falta de todo accidente que indique el menor cambio debido a los progresos de las artes y de las ciencias», este adalid de la civilización, al conocer Barcelona y respirar la actividad industrial, comercial e intelectual de la ciudad, no duda en escribir: «Aquí hay ómnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo y ruido; hay, pues, un pueblo europeo». En las constantes polaridades de sus libros —y es pertinente recordar la opinión unamuniana de que sus libros «hablan como un hombre»—, Barcelona se le revela como la única metáfora de civilización y modernidad en la España de Isabel II.

Al marchar, embarcándose para Palma de Mallorca, el viajero argentino lleva consigo muy grata memoria de la ciudad que materializa en cinco láminas de monumentos que adquiere como recuerdo. De su diario de gastos se desprende que se hospedó en la Fonda del Oriente y que asistió a una representación en el Teatro Nuevo. Datos precisos de las incidencias de viaje que Sarmiento anotó escrupulosamente.

II. Rubén Darío

Cuenta Josep Maria de Sagarra en sus *Memòries* (1954) cómo una tarde de la primavera de 1912 Joaquim Montaner le acompañó hasta *La Maison Dorée*, en la plaza de Catalunya, para presentarle a Rubén Darío, que vivía en Barcelona junto con Francisca Sánchez —compañera de su azarosa vida desde 1899 («¡Hacia la fuente de noche y de olvido, / Francisca Sánchez, acompáñame...!»)— y con el hijo de ambos y heredero universal del poeta, Guicho, sobrenombre de Rubén Darío Sánchez, «que guarde mi recuerdo / y agregue algo a mi nombre». Rubén, Francisca y Guichín residían en una torre situada en el número 16 de la calle de Ticiano en la barriada de Penitents, con una artificial abundancia que mal disimulaban los únicos y discretos ingresos que el poeta recibía del diario bonaerense *La Nación*.